

su muerte, salió de la capital y atravesó los distritos de Cuernavaca, Taxco é Iguala, con tal esplendor de su parte y tantas demostraciones de regocijo por parte de los pueblos que tocaba, que más que la marcha de un ejército á emprender una campaña difícil y peligrosa, parecía la marcha triunfal de un vencedor, cuyos pasos estaban previamente alumbrados por los fulgurosos rayos de sus victorias.

Al llegar á las orillas del Mescala, se encontró el ejército del dictador con las primeras fuerzas pronunciadas que se atrevían á salir á impedir su paso, mandadas por el guerrillero D. Faustino Villalva, y aunque molestó al ejército atacándolo dos veces en el paso del río, no era posible que pudiera detener su marcha, que sin obstáculo siguió hasta Chilpancingo, donde se había situado el cuartel general. De allí se emprendió la marcha con dirección á Acapulco, cuyo punto se consideraba como base de las operaciones de los insurrectos; y despues de algunas escaramusas con algunas guerrillas, el 13 de Abril se trabó un combate más formal en el punto llamado Coquillo, al pasar el río del papagallo, en el cual el triunfo quedó por parte del general Santa-Anna; pero no sin haber concebido serios temores por el resultado final de aquella campaña, pues tenía en su contra no sólo el desprestigio de que había cargado á su gobierno, sino la aspereza del terreno en que combatía, la malignidad del clima y un pueblo armado dispuesto á combatirlo en todas partes, que aunque no estuviera con toda la disciplina de un ejército bien organizado, se hallaba animado por el fuego de aquellas seductoras promesas que se le hacían de su libertad y su felicidad: promesas que no habían de cumplirse, pero que por más irrealizables que fueran, habían de conmover los espíritus para lanzarlos á la conquista de un bien que de pronto les podía lisonjear.

El 19 de Abril llegó el general Santa-Anna con su ejército al frente de Acapulco, y como su penosa mar-

cha para llegar hasta aquel punto le había inspirado serios temores, empezó por fijar más la atención en el modo de salir de aquella tierra enemiga, que de conseguir un triunfo que en último resultado habría sido estéril. Así es que, previendo las dificultades de la vuelta, lejos de comprometer una acción en que el ejército todo pudiera sufrir mayores descalabros, sólo se limitó á dar un ataque el día 20 con una sección de mil hombres, poniendo el resto de la fuerza fuera del alcance de los fuegos de la plaza que estaba defendida por D. Ignacio Comonfort, quien desde el día 11 de Marzo que se reformó el plan de Ayutla, había sido nombrado gobernador de aquella plaza.

No habiendo conseguido el objeto de rendir la plaza con aquel debil ataque, se intentó el medio de hacerlo por una capitulación que fué desdeñada por los defensores de la plaza, porque por una parte se hallaban alentados por los mismos temores del general Santa-Anna y por otra sabían muy bien que el triunfo de este general no importaría sino la pérdida momentánea de la plaza, que no podría conservar á tanta distancia de la capital teniendo de por medio una gran extensión de tierra que le era hostil.

Cuando el ejército del presidente llegó á las puertas de Acapulco, D. Juan Alvarez se hallaba enfermo y postrado en cama, por lo cual sus fuerzas no se pusieron inmediatamente en acción, permaneciendo sólo en observación de los movimientos del general Santa-Anna, ocupando para esto unas alturas á cuatro leguas de Acapulco; y cuando al fin el general Moreno recibió ya órden para ocupar algunos puntos de la plaza atacada, el general Santa-Anna conoció la necesidad de retirarse; y entonces D. Juan Alvarez mandó que el general Moreno siguiera atacando su retaguardia, á la vez que el coronel D. Encarnación Alvarez con otras fuerzas, se situara en la cuesta del Peregrino, donde por la posición del terreno, se creyó derrotar completamente al ejército. En efecto, se dió allí el 30

de Abril una de las batallas mas famosas de aquella campaña, y fué la acción tal, que cada parte celebró con grande regocijo su victoria. Cosa que verdaderamente parece imposible, pero que en realidad así fué. Los dos combatientes fueron á la vez vencidos y vencedores. El general Santa-Anna habia ido con el ánimo de sofocar la revolución en su nacimiento, y se volvía no sólo dejándola en pié, sino con el orgullo de la defensa de Acapulco: los pronunciados á su vez creyeron que en el ventajoso punto del Peregrino, atrincherado en las alturas el coronel Alvarez y atacando por la retaguardia el general Moreno, quedaría allí derrotado completamente el ejército y derrocada la dictadura en una sola acción; pero el general Santa-Anna superó aquella dificultad con el valor y disciplina de los cuerpos de su mando, aunque no sin sufrir pérdidas considerables, principalmente en las grandes provisiones que llevaba.

El general Santa-Anna siguió su marcha, entrando á la capital el día 16 de Mayo.

El resultado final de esta expedición fué en extremo desfavorable para la dictadura, porque envalentonó á los pronunciados, y sumamente gravoso para el país, porque el presidente en su marcha dejó una huella de sangre y desolación que dió lugar á que aquella guerra se ensangrentara más y á que se exacerbaran los odios políticos, para hacer más funestos los terribles efectos de la tiranía demogógica que habia levantado su estandarte en el Sur.

Cuando el fuego de la revolución prendía en el Estado de Guerrero, comenzaba tambien en el de Michoacán, donde D. Gordiano Guzmán, que siempre habia combatido por las instituciones federales, empezó á formar alguna fuerza para ponerse en acción contra la dictadura; pero esa fuerza lo abandonó á fines de Marzo en la hacienda de la Orilla cerca de Huétamo, y Guzmán fué hecho prisionero con algunos de sus compañeros, que unos fueron luego puestos en libertad y

otros conducidos á Morelia; pero D. Gordiano Guzmán fué fusilado en Cutzamalá el 11 de Abril, según expresa orden del gobierno de México.

Pero cuando sucumbía uno de los jefes de la revolución, brotaban otros muchos de allí mismo en el Estado de Michoacán, pues en el mes de Abril se pronunciaron D. Antonio Diaz Salgado con los guerrilleros Tabares y Berdeja, y á principios de Mayo lo hicieron en Coeneo D. Epitacio Huerta y D. Manuel Garcia Pueblita, á los cuales siguieron otros jefes como Rangel, Pinzón y Tejeada, que luego tuvieron un triunfo en Huétamo sobre las fuerzas del gobierno mandadas por el coronel Bahamonde, y en seguida otros en Ixtapa de la Sal, Uruapan, el llano del Cuatro y el pueblo de la Aguililla. Esto ocasionó el más fuerte disgusto al Presidente, y fué causa de que se hicieran serios extrañamientos al general Ugarte, comandante general de aquel Estado. El general Ugarte es uno de los jefes que más han honrado al ejército mexicano: lleva una honrosa cicatriz en el rostro, y su conducta pública le ha merecido la estimación general: pero en aquellas circunstancias el dictador no estaba contento con quien no exterminara á todos los enemigos de su despotismo; y correspondiendo muy mal á los servicios y al mérito del general Ugarte, puso las fuerzas del Estado de Michoacán á las órdenes del general D. Manuel Andrade, y un poco más tarde fué nombrado comandante general del Estado el general D. Anastasio Torrejón

Estas medidas que no iban encaminadas al bien general sino á procurar el triunfo de una tiranía sobre otra, ningún resultado daban para la pacificación del país, y antes por el contrario, la revolución aumentaba cada día. El guerrillero D. Faustino Villalva y su hijo D. Jesús, habian aumentado considerablemente su fuerza sobre las orillas del Mescala, y el gobierno se vió en la necesidad de mandar sobre ellos una formal expedición de una brigada de 1,500 hombres á las órdenes del general D.

Félix Zuloaga, quien dió una acción en el cerro del Li-  
món el 21 de Julio, donde murió el jefe principal de los  
pronunciados D. Faustino Villalva, poniéndose en dis-  
persión toda su fuerza.

Pero estos triunfos parciales en nada mejoraban la si-  
tuación cuando la conducta del gobierno en favor de la  
sociedad nada hacía para salvarla. El general D. Angel  
Pérez Palacios, nombrado comandante general del De-  
partamento de Guerrero desde el pronunciamiento de  
de D. Juan Alvarez, cuando tambien recibió un extra-  
ñamiento porque aumentaba el número de los subleva-  
dos, hizo ver en su contestación, que el mismo gobier-  
no con su conducta era el que cada día creaba mas ene-  
migos, pero el general Santa -Ana se había encastillado  
en la idea de que sólo por el terror había de imponer al  
país su dominación, siendo por esto implacable en ór-  
denes para exterminar á sus contrarios. Con fecha 5 de  
Septiembre se había dado un decreto declarando: que en  
los delitos de conspiración no se reconocía fuero; y cuan-  
do el cura de Cacalotenango con otras siete personas fué  
acusado de mantener relaciones con el guerrillero D.  
Jesús Villalva, el gobierno dió orden en 14 de Julio, pa-  
ra que tanto aquel sacerdote, como los demás indivi-  
duos fueran juzgados con arreglo á la ley de conspirado-  
res y castigados *sin consideración á categoría ni fue-  
ro*. Tambien el mes de Julio fueron sentenciados á muer-  
te en Morelia en un consejo de guerra, D. José María Ra-  
mos, que había acompañado á D. Gordiano Guzmán;  
y cuando toda la sociedad se interesaba en salvarlo, ele-  
vando una solicitud de indulto, el Señor Munguía, Obis-  
po de aquella Iglesia, pidió al gobierno por el telégra-  
fo que se suspendiera la ejecución mientras se recibía  
la solicitud para que fuera despachada legalmente; pe-  
ro el Gobierno contestó que sólo se suspendería si no  
había sido juzgado el reo como conspirador. ¿Quién ha-  
bía de tener esperanza de salvarse, si ante el gobierno  
no tenían peso alguno ni el carácter sacerdotal ni la  
súplica de una sociedad, ni la petición de los jefes de

la Iglesia? Aquella administración no hallaba más me-  
dio de dar la paz que ahogando á sus enemigos en un  
lago de sangre: esto le abrió un abismo que no podía  
cegarse con víctimas, y el mismo gobierno tenía que  
caer en él!

Al mismo tiempo que la revolución se propagaba  
por el Sur, empezó tambien á encenderse por el Norte:  
En el Estado de Tamaulipas se pronunció D. Juan José  
de la Garza, el 13 de Julio en ciudad Victoria, capital  
del Estado; y aunque luego se mandaron fuerzas que  
los sublevados no pudieron resistir, una vez aban-  
donada la ciudad se retiraron las fuerzas pronunciadas  
al norte del Estado, para seguir dando pábulo á la re-  
volución.

En medio de tantos males, y el mismo día que en  
Ciudad Victoria tenía lugar el pronunciamiento de  
Garza, en Guaymas, capital del Estado de Sonora, te-  
nía lugar un hecho de muy distinto género y que fué  
un motivo de verdadero regocijo y un título de gloria  
para México.

Desde los primeros días de la instalación del gobier-  
no del general Santa-Anna se supo en México que el  
conde Rousset de Boulbon se ocupaba de reclutar  
gente en California con objeto de hacer una invasión  
en México, en cuyas costas había estado ya en 1852  
acaudillando una partida de franceses para proteger la  
explotación de las minas de Arizona. Rousset era jó-  
ven de 36 años de edad, de un talento claro y buena  
instrucción, valiente y ambicioso, dando más realce á  
estas cualidades su buena presencia y sus finos moda-  
les. De manera que temiendo el gobierno las conse-  
cuencias de esta invasión, quiso desbaratarla por otros  
medios, y para eso ofreció á Rousset, por conducto  
de la Legación Francesa, un proyecto de colonización  
en la frontera del Norte, para lo cual le proporcionaba  
los elementos necesarios. Alhagado con esto el espíritu  
caballeresco y emprendedor de Rousset, pasó á Méxi-  
co, donde nada formal se trató con él, porque el gobier-

no vió que su ambición exigía más de lo que podía dársele, concediéndole sólo un grado de coronel en el ejército; y desagradado el conde por no habersele cumplido lo que se le ofreció, se volvió para California embarcándose en Acapulco, y allí organizó una fuerza de trescientos franceses para invadir la Sonora, como en efecto se presentó á sus costas en el mes de Julio de 1854, con objeto de derrocar el gobierno del general Santa-Anna, con quien estaba resentido, y apoderarse de aquel territorio que siempre había excitado su codicia.

Una noche se presentó sólo y desarmado á la casa del general D. José María Yañez, comandante general del Departamento: le manifestó su proyecto de exigir una reparación de los perjuicios que creía haberle hecho el gobierno; y el general Yañez, obrando como caballero y como valiente, le contestó con dignidad, manifestándole la resolución que tenía de oponerse á sus proyectos, á pesar de que la fuerza con que contaba era inferior á la del aventurero. Puestos los dos jefes á la cabeza de sus fuerzas, tuvo lugar un sangriento combate el 13 de Julio, en el cual el general Yañez dejó tan bien puesto su nombre militar como la honra de México; y despues de algunas horas, la victoria quedó por el jefe mexicano, teniendo en su poder prisioneros á todos los franceses que no habían muerto en la lucha. A Rousset se le formó causa, y siendo sentenciado á muerte, se le fusiló el día 12 de Agosto: á los demás franceses les perdonó el general Yañez en nombre del gobierno, con cuya generosidad tuvo mayor realce la caballerosidad y el valor de aquel digno jefe mexicano.

Esta acción fué generalmente aplaudida por los mexicanos, porque ella era un motivo de gloria para su patria; y por los franceses, por la generosidad con que el vencedor trató á los vencidos. Pero el gobierno, que estaba en una pendiente, que su misma mala posición le hacía ser ingrato y suspicaz, reprobó la conducta del general Yañez, lo destituyó del empleo de

gobernador y comandante general de aquel Departamento, y lo sujetó á un consejo de guerra: en él se le hicieron los cargos de no haber asegurado á Rousset cuando se presentó en su casa, de haberle dado tiempo de prepararse al combate, de haberle formado causa y no haberle fusilado inmediatamente y no haber hecho lo mismo con los demás franceses. Esto hizo decir á un escritor, que el gobierno acriminaba al general Yañez porque había sido caballero, valiente, humano, político y generoso. El tribunal militar que juzgó á este digno jefe le hizo la justicia de absolverlo de aquellos cargos; pero la conducta que con él observó el gobierno, fué generalmente censurada y no contribuyó poco á aumentar el número de sus desafectos.

Hasta esa fecha, el gobierno del general Santa-Anna reportaba como mayor responsabilidad los males que hubiera hecho, sino el bien que había dejado de hacer y tenía una obligación indeclinable de hacerlo. Ese gobierno se había puesto para que usara del poder á fin de constituir al país bajo bases sólidas y justas, para abrir á la administración pública vías rectas por donde con menos tropiezo llegara á su fin, para hacer que la sociedad descansara á la sombra de instituciones sabias y prudentes, en fin, para que abriera á la nación la fuente de la verdad y del bien y cerrara los manantiales impuros en que hasta allí había bebido. Este era el grande fin del gobierno y no había cumplido con él; una vez que murió el Sr. Alamán y que D. Antonio de Haro y Tamariz salió del ministerio, ya el gobierno no tuvo más principio que la voluntad del dictador, ni más fin que complacer esa voluntad desordenada, ni otro medio de llegar al fin que poner en práctica las extravagancias de esa misma voluntad. No es de creerse que á muchos hombres les faltara la penetración necesaria para conocer el abismo que abría á sus piés una administración semejante; pero si acaso hubo muchos que lo conocieran, hubo pocos que tuvieron el valor civil necesario para poner

un dique á ese torrente de males, y que viéndose aislados nada pudieron conseguir. Justo es consignar los nombres de las personas que más sobresalieron en esa línea, no sólo porque sus nombres sean respetados de la posteridad, sino porque esas personas representaban un partido á quien injustamente se ha querido cargar con la responsabilidad de los desaciertos de la dictadura; entre estos hombres dignos, figura en primer lugar D. Antonio Haro y Tamariz, que al advertir la tortuosa marcha que el dictador quiso darle á la administración, tuvo el valor de oponerse primero, y despues de hacer una enérgica protesta contra esa conducta, con su separación: tambien el Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán D. Clemente de Jesus Munguía, hizo oír al dictador la censura de sus actos, aunque sin fruto, y si tan respetable persona no fué víctima de una persecución animada del presidente, lo debió á que le servían de escudo su alta dignidad en la iglesia y su muy sólida posición social. El Presbítero Don Mucio Valdovinos tambien hizo llegar su voz hasta la altura de la silla presidencial, para turbar el falso reposo de aquella Serenísima Alteza, y por esa causa estuvo á punto de ser víctima de su furor. El general D. Angel Pérez Palacios le hizo ver que el progreso de la revolución más se debía al desprestigio de que el gobierno se había rodeado con su conducta, y el general Ugarte sufrió la destitución de su empleo y mereció que su conducta fuera calificada de inepta y de infame, porque á pesar de la marcha de los acontecimientos, sabía respetar los fueros de la justicia.

Pero si el desacierto fué grande al principio cuando era necesaria alguna penetración en el porvenir para ver asomar en el horizonte los males de una dictadura semejante, en la fecha á que hemos llegado en esta narración, ya los males salían de la categoría de temores para convertirse en una realidad amarga y en un hecho sangriento; y sin embargo, cuando todavía era tan fácil haber salvado al país, se siguió obstinada-

mente la misma política y no se halló más remedio para el mal que haber cerrado la puerta á toda esperanza de remedio.

En el mes de Junio de 1854, la revolución, á pesar de sus triunfos, llevaba consigo el desprestigio de los hechos: verdaderamente no tenia caudillo, porque D. Juan Alvarez que era el general en jefe de los pronunciados, ni era hombre de capacidad suficiente para una empresa semejante, ni él podía físicamente hacer algo porque su edad y sus enfermedades lo tenían agobiado y sin la energía que aquella obra requería; y á más tenía el grave mal de no tener elementos para la organización de las tropas, que por la miseria en que se hallaban, se había visto obligado D. Ignacio Comonfort desde los primeros días de Junio, á emprender un viaje á los Estados Unidos para solicitar recursos con qué seguir aquella guerra fratricida.

Por otra parte, y esto es lo principal, la revolución llevaba consigo el germen de muerte en su mismo estandarte: el plan de Ayutla, con sus reformas de Acapulco, bien habría podido ahagar á algunas almas inquietas y seducir á espíritus muy superficiales, pero ningún hombre de mediano criterio podia dejar de ver que en aquel embrión estaba el germen de una tiranía mas funesta que la que se trataba de sacudir, la anarquía revestida con los arreos de la legalidad, la fuente de todos los errores para la inteligencia y un emponzoñado manantial de males para el corazón. Aquel monstruoso plan solo tenía un motivo de justicia aparente, que se desprendía de que el gobierno de la dictadura faltaba á su misión de constituir el país: pero era tan fácil de haber quitado este pretexto que si el gobierno no hubiera estado ciego, habría encaminado sus pasos é ese fin, y entonces no sólo se arrancaba legalmente de manos de la revolución su estandarte, sino que el gobierno contaba en su favor con su prestigio de gobierno, con el poder de una autoridad en ejercicio, con los recursos de una administración constituida, y á más con el auxilio de

toda la sociedad, que al ver enarbolada aquella bandera habría corrido á abrigarse bajo su sombra, con la convicción de que era el medio de librarse del monstruo sangriento que estaba llamando ya á las puertas de un porvenir muy próximo.

Mas esto que lo habría visto el ojo ménos perspicaz, no lo vió ó no lo quiso ver el gobierno que estaba ciego con los resplandores de su magestad y adormecido con los humos del incienso que él mismo obligaba á quemar á su derredor: así es que, cuando toda la sociedad esperaba que el gobierno poniendo el ojo en la llaga con una mirada severa y segura, y que alargara la mano con el remedio oportuno, se le vió dictar una medida, que á la vez era una burla cruel para la nación manifestada en una exigencia pueril. Se expidió una circular por el ministerio de gobernacion, en la cual se decía á los gobernantes: que pareciendo que por la revolución se podría tener duda si los mexicanos querían ó no que el presidente continuara desempeñando como hasta allí la plenitud de facultades que se le habían confiado: y queriendo acatar siempre la voluntad nacional, disponía que el día 1º de Diciembre se reunieran unas juntas bajo la presidencia de los gobernantes y demás autoridades principales de cada localidad, donde todos los ciudadanos expresaran su voluntad respecto de estas dos preguntas:

1ª Si el actual presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.

2ª En caso que no continúe con las mismas amplias facultades con que en la actualidad se halla investido, á quién entrega inmediatamente el mando.

Esto era un juego de niños muy ageno de la gravedad y circunspección que debía suponerse en los hombres que estaban llevando el timón de los destinos de una nación. Si el gobierno consideraba en algo los títulos de su legitimidad, estos no eran otros que el plan político en virtud del cual había subido al poder, y ese

plan disponía: que por ningún motivo, ni bajo ningún pretexto se prolongara la dictadura más de un año, sin que el gobierno convocara al congreso que había de constituir á la nación. Si no atendía á la letra de aquel plan y sólo quería atender á lo que en general exigieran la justicia y la conveniencia de la sociedad, esto guiaba á la misma conclusión de procurar constituir al país de la manera más sólida y más conforme á su bienestar tanto en el presente como en el porvenir. Y si absolutamente no era la justicia uno de los elementos constitutivos de aquel gobierno, á lo menos la propia conveniencia y el provecho privado pudieron hacer ver: que cuando la revolución bramaba á las puertas de palacio, era una medida política y un medio de prolongar la vida del gobierno, haber dado un paso adelante, y quitando á la revolución su estandarte, reforzar la legalidad del gobierno con una medida que sin duda habría creado nuevos títulos al poder establecido, pero la puerilidad de que se hizo uso no sirvió sino para llevar hasta el extremo el desprestigio del gobierno y dar pábulo á la revolución.

A este mismo tiempo volvía D. Ignacio Comonfort de los Estados Unidos, trayendo consigo los recursos que había agenciado, y desembarcó en Acapulco el día 7 de Diciembre de 1854: luego las fuerzas pronunciadas que se hallaban en inacción, recobraron su actividad y todas fueron reforzadas con aquellos elementos.

El general Zuloaga que desde Junio se hallaba en campaña en el Sur, varias veces se batió con honor; pero al fin tuvo que sucumbir, porque á la vez que sus soldados carecían de los elementos necesarios y luchaban también contra un clima mortífero, sus contrarios aumentaban, hasta reducirlo á un extremo en que ya no fué posible la defensa, que había sostenido en la hacienda de Nusco como final de su campaña, desde el 13 de Diciembre hasta el 18 de Enero de 1855.

En esa situación hubo una conferencia entre el general Villarreal y el coronel D. Rosendo Moreno, en la

cual este quedó convencido de que no había esperanza de salvarse, según los avances de la revolución; y reuniendo á todos los jefes y oficiales, convinieron todos en levantar una acta en que desconocieron la autoridad del general Santa Ana y se pusieron á las órdenes de D. Juan Alvarez. El general Zuloaga ni había autorizado esta acta, ni aconsejado ese paso; pero no pudiendo impedirlo, se entregó como prisionero del jefe enemigo, que lo condujo al puerto de Acapulco.

Dos días antes de esta capitulación, había sufrido el gobierno otro golpe en el desastre de la plaza de Huétamo, que defendía el coronel D. Francisco Cosío Bahamonde: ocho días resistió valerosamente los ataques de sus enemigos, teniendo al fin que ceder el día 16 de Enero, en que le fueron tomados por asalto los principales puntos de defensa; y quedando prisionero con todos los oficiales y soldados que no perecieron en la defensa, fué fusilado al día siguiente en aquel mismo punto.

Las pérdidas de Nusco y Huétamo, á la vez que debilitaron al gobierno, dieron más brío á los pronunciados que en el Sur se dispusieron á tomar la iniciativa de una manera formal, ocupando el 26 de Febrero á Chilapa, que era una de las plazas que le quedaban al gobierno en el Sur: luego marchó D. Juan Alvarez sobre Chilpancingo; pero como el general Santa-Ana había aglomerado fuerzas de las de más confianza por aquel rumbo, tuvo que retirarse sin que hubiera otro hecho de armas que uno de poca importancia en Petaquillas, donde cayó prisionero el coronel D. Rosendo Moreno que había hecho la capitulación en Nusco y por consiguiente fué mandado fusilar, lo cual tuvo lugar en Chilpancingo el día 10 de Marzo.

Entre los pronunciados de Michoacán habían tomado parte D. Santos Degollado, hombre de prestigio en el Estado tanto por su profesión literaria como por la posición que le daba su empleo en las oficinas de la Catedral de Morelia, y D. Luis Ghilardi, italiano que

había servido en las filas del rey Carlos Alberto. Estas dos personas, uno por su ascendiente en los ánimos y por sus relaciones, y el otro como militar, hicieron avanzar más la revolución que hasta entonces no había pasado de hacerse en guerrillas.

Uno de los primeros hechos de armas de D. Santos Degollado fué la toma de Puruándiro el 20 de Abril despues de una resistencia de 36 horas: y cuando fué ocupada por las fuerzas de Huerta, Cuesta y Pueblita, la población sufrió las espantosas consecuencias de una plaza tomada en medio de los mayores desórdenes.

Escenas de esta especie habría que referir en gran número, si hubiera que seguir paso á paso la implacable guerra que los pueblos sufrieron en año y medio que duró esta revolución. El gobierno, siguiendo su sistema de destrucción, á más de las leyes dictadas contra los conspiradores, cada día dictaba á sus jefes las órdenes más terribles para el exterminio de sus enemigos. Antes de concluir el año de 53 ordenó una expedición al general D. Severo Castillo, para que incendiara en el Sur la hacienda de la Brea: con fecha 26 de Enero se decía al general D. Simón Ramírez, comandante general de Iguala, que todos los pueblos de los rebeldes debían ser desaparecidos, y todos los individuos que hubieran tomado parte en hostilizar á las tropas nacionales, debían ser pasados por las armas: en 6 de Marzo se repetían al comandante de Iguala instrucciones más terriblemente precisas, previniéndole: que los facciosos fueran colgados de los árboles del camino, arrasados los pueblos y rancherías, quemadas todas sus semillas, consumidos sus ganados y destruidos cuantos medios tuvieran de subsistencia. En 1º de Abril se hizo un sangriento escarmiento en Zitácuaro. En 20 de Mayo se publicó un bando en Tixtla, mandando que todos los vecinos se presentaran á las autoridades á protestar su adhesión al gobierno de Santa Ana, y los que no lo hicieran, así como los que de cualquier modo ayudaran á los pronunciados, no sólo